

lado: se llamará de Campos porque desde aquí se domina casi todo el campo de la ciudad. —No tal, repliqué yo; esto es un baluarte de la muralla, era un muladar, y un rico comerciante y terrateniente de este pueblo, llamado D. Bernardo de Campos, como dice en la lápida que está en aquel otro lado, hizo el teatro y este paseo. —¿Ese edificio que vemos aquí inmediato y aislado es el teatro? No parece mal por fuera: fué generoso su dueño. —A su riqueza unia buenos conocimientos en arquitectura: él levantó el plano y dirigió la obra, y por ello se ahorró muchos gastos. —Mas mérito! los ricos no acostumbran á saber de esas cosas, y menos á trabajar en ellas. Y por cierto que es desgracia: ellos mas bien pudieran adelantar y sacarles el fruto.

En esto empezaba ya á venir la gente, y pronto tuvimos una buena concurrencia. Nosotros permanecíamos sentados, y nos levantamos para inspeccionar cuanto allí hubiese. No era muy fácil. La luz estaba escasa: se percibían las formas, pero no sus contornos y accidentes. Todo lo mas tenia que suplirlo la imaginación.

Por nuestra buena suerte descubrimos una muchacha que miraba con ojos dulces y cariñosos á un jovencito desenvuelto y elegante, que paseaba por delante de ella; por el contrario su madre, que la infeliz la tenia al lado, le dirigía miradas de ódio y menosprecio; el pasaba con frecuencia, acortando el paseo todo lo posible y la tracunda madre asediaba á la muchacha con reprensiones, amenazas y pellizcos. Estábamos parados observando todo esto, y nos vino á la mente hacer una obra de caridad; nos sentamos al lado de la mamá, que no tenia malos bigotes: No tardamos mucho en entablar conversacion con ella, y especialmente mi compañero que se colocó mas cerca: la muchacha descansó. Viendo que allí no tenia yo cabida, me levanté á buscar otros amigos. Pasado un gran rato volví al puesto: encontré á los nuevos conocidos muy contentos y ocupados en su conversacion; el jovencito estaba á la oreja de la muchacha.

Se hizo tarde, y nos fuimos á nuestra casa. Tomamos un bocado, y con mucha prisa vol-

vió á salir mi compañero, advirtiéndome que no lo esperasen.

Por la mañana lo encontré gozoso y satisfecho, y me ocurrió decirle. —Amigo, aquí los forasteros no llevan la peor parte; deben irse contentos. —Que..... me respondió por eludir conversaciones; y eso de forasteros es muy de lugar. —Pues aquí se dice, y se notan y quizá con razon: ellos hasta prosperan mas que los del pais: casi todos los principales capitalistas son de á fuera. —Quien tiene la culpa! serán mas diestros y aplicados: el Maná se acabó. —O será que los ha protegido la fortuna. —Sea lo que quiera: yo voy á descansar. Esta tarde se marcha el Vapor.

A la hora debida y cuando todo estuvo preparado, nos fuimos hácia las cuatro piedras que están en vez de embarcadero. El mar no estaba muy tranquilo, y el bóte que debía transportar á mi huesped hasta el Vapor, daba precisamente muchos vaivenes: fué á saltar á él y se quedó con una pierna dentro y otra en el agua. —No han querido, exclamó al instante, que yo traspase la moda de venir á tomar baños. Bien pudieran hacer un muelle, que buen provecho les trajera. —Anda en paz, y no murmures, que todo, si Dios quiere, se arreglará.

J. Bueno Rodriguez.

FPÍGRAMAS.

¿Rica y bonita, decís,
y sin novio está la chica?
Casi os digo que mentís:
que á ser cierto lo primero,
aunque una fantasma fuera,
no faltára algun tendero
que tal negocio emprendiera.

—Es jóven muy virtuosa,
de muy buenas cualidades:
cuenta quince navidades,
y es callada y hacendosa.
—Y la cara? —Es una rosa.
—Y el dote? Que tal? —No tiene.
—Pues, Sr. Cura, que pene
por largos años la pobre:
que aunque la virtud la sobre,
la virtud no la mantiene.

F. M. de Molina.